

INTRODUCCIÓN

Con este libro me enfrento a un reto del que he sido consciente desde hace mucho tiempo. He participado en la empresa comunal de escribir la historia de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE); junto a Ana Romero de Pablos, la de la Junta de Energía Nuclear (JEN); y, en solitario, la del Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial (INTA), pero me faltaba la del otro gran organismo científico de la España del siglo xx, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). El presente libro es mi respuesta a ese desafío. Sin embargo, no esperen los lectores una historia completa del CSIC, tarea imposible para un único texto, tal es la complejidad de su estructura, la maraña de centros, la diversidad de disciplinas que lo han compuesto en el pasado y lo componen en el presente, dificultad a la que se une su conexión con los diferentes regímenes políticos y Gobiernos con los que ha tenido que relacionarse. Si Eduardo Primo Yúfera, presidente del CSIC, tenía razón cuando abría la *Memoria* correspondiente a 1975 diciendo que «la variedad de ciencias cultivadas en los Institutos del CSIC hace difícil dar a conocer, con detalle, los resultados de los trabajos de investigación realizados y las restantes actividades desarrolladas», más se tiene cuando se intenta reconstruir el conjunto de la historia del Consejo. Aunque en ocasiones, especialmente en el último capítulo, mi exposición se ha adentrado en la situación durante el siglo xxi —teniendo como tope, en sí, 2014, cuando se cumplieron sus setenta y cinco años de vida—, en la mayor parte me he centrado en las primeras décadas de la historia del CSIC.

No dudo, insisto, que serán muchos los que echen en falta la presencia en estas páginas de numerosos centros del Consejo, tanto la de los ubicados en Madrid como, aún más, la de los instalados en otras regiones de España. Vayan a ellos mis disculpas, pero, como decía, ha sido inevitable; tal vez encuentren algún (escaso) consuelo en los apéndices —para los que conté con la inestimable ayuda de Esperanza Igle-

sias—, en los que se enumeran esos centros al igual que se detallan los presupuestos económicos de la institución. La tarea de reconstruir toda la historia del CSIC será, creo, larga y difícil, pero espero que este libro, y los numerosos documentos hasta ahora inéditos que contiene, sean de utilidad para ello.

El CSIC fue, lo sabemos muy bien, fruto del régimen que resultó vencedor de la guerra civil que asoló España entre los años 1936 y 1939, régimen que impuso una dictadura hasta 1975. Debido a esa circunstancia, en la que el Consejo estuvo imbricado con cierta notoriedad, es posible caer en juicios preconcebidos imbuidos del más que justificable rechazo de aquel sistema político. Mi intención al acometer este libro, esta sin duda incompleta historia del CSIC, no ha sido la de actuar como juez instructor ni como abogado defensor del periodo en el que el Consejo fue más dependiente del régimen franquista, sino simplemente ocuparme de su historia, tarea sin duda importante, porque el CSIC forma parte destacada de la historia de la ciencia y de la técnica en España, y no solo de ella, sino también de su historia política y social. Es obligación ineludible del historiador intentar reconstruir el pasado, sea este el que sea, con el mayor rigor y objetividad de que sea capaz. Inevitablemente, ese mismo historiador tendrá sus propios valores ideológicos y éticos, pero, en su trabajo, estos no deben influir en las reconstrucciones, mucho menos permitirle discriminar personajes, instituciones o sucesos.

En las páginas que siguen aparecerán algunos de los aspectos más criticables de los primeros tiempos del CSIC, no pocos de ellos magnificados por la retórica presente en las manifestaciones oficiales; ahí, el ministro y presidente del CSIC, José Ibáñez Martín, con sus interminables discursos anuales, que rezumaban adulación al jefe del Estado, quien, hay que reconocérselo, no se perdía aquellos ajuarres que eran las reuniones anuales, ejemplo que acaso deberían seguir, con respecto a las grandes instituciones científicas públicas, los gobernantes de la democracia, en general ausentes de todo aquello que tenga que ver con la investigación científica. Pero también aparece —con su poderoso secretario, José María Albareda, a la cabeza— el noble deseo de mejorar la investigación científica, como medio indispensable para que España fuese un país mejor en todos los sentidos. Y no pocas semillas de las que brotaron frutos apetecibles ya en la Transición datan de las ideologizadas primeras décadas de la historia del CSIC. No le faltaba razón a Luis Sanz Menéndez cuando afirmaba:

El CSIC hizo política científica en el sentido que el término tenía esos años, a través de la promoción y el desarrollo de la investigación, y con los instrumentos tradicionales que en todo el mundo se habían aplicado: dotación de becas para el estudio fuera del país, creación de institutos de investigación o

invitación a científicos extranjeros. En esos años esa forma de acción sirvió para reconstruir lentamente el capital humano que la represión y el exilio habían dejado menguado. Otro asunto es si con los recursos disponibles se pudo hacer más, si se discriminaba a los no miembros del Opus Dei, o si se favoreció a éstos de forma desproporcionada; en definitiva, si las decisiones y las acciones tomadas fueron pertinentes para el desarrollo científico español o si se quedaron en una simple lucha por el poder académico. Es quizá la centralidad del CSIC en el sistema de investigación uno de los factores que favoreció su asociación a las luchas por el poder académico (Sanz Menéndez, 1997: 124-125).

Se puede, en efecto, hablar de «política científica» en las primeras décadas de historia del CSIC —al igual que durante toda su historia—, una política que se vio empañada por el deseo de estar, con pocos medios, si no en todas partes sí en muchas, en demasiadas, hasta el punto de poder calificarla, con frecuencia, de caótica. Había, pensaban los campeones de la Guerra Civil, que «refundar» España, librarla de cualquier rescoldo o reflujo de las liberales e irreligiosas ideas del derrotado mundo republicano que pudieran existir aún, ideología que estuvo más presente en algunas disciplinas —en la filosofía especialmente— que en otras. Y para ello era preciso intervenir, controlar la educación y la «cultura» —en cualquiera de las manifestaciones de esta polisémica palabra—, ya fuese en el ámbito de las humanidades y las ciencias sociales, ya en la ciencia o en la tecnología. Ninguna institución franquista fue tan activa, tan omnipresente en esos mundos como el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. De ahí la necesidad de estudiar su historia.